

Pablo Schostakovsky

Las Letras rusas bajo el periodo moscovita

La afirmación del espíritu autártico. —Bajo el nombre de período moscovita se entiende, generalmente, el período que abarca cuatro siglos; del siglo XIV al siglo XVII inclusive; o sea desde que el principado de Moscú empezó la unificación de la tierra rusa y hasta la época de Pedro el Grande, que inauguró la era petersburguesa o imperial de la historia rusa. Pero desde el punto de vista literario, el período moscovita empieza solamente con el siglo XV, cuando las Letras rusas se anidaron en Moscú. Desde entonces, durante tres centurias, ellas se desarrollaron obedeciendo a la mentalidad autárquica de los moscovitas.

La mayoría de las obras salidas a luz durante el siglo XIV continúa la tradición de la centuria precedente, cuando el yugo tártaro, al remover los cimientos religiosos de la sociedad rusa, condujo, lógicamente, al predominio de la literatura religiosa sobre la profana.

Sus rasgos característicos son: la sencillez de estilo y la ingenuidad de la composición que excluyen cualquier artificio literario.

Pero, apenas la vida del estado ruso se repone del desastre de la invasión mongólica, las relaciones culturales entre la Moscovia y los países balcánicos ortodoxos se reanudaron, venciendo no pocas dificultades y aun peligros. La gente los enfrentó movida: los rusos, por el deseo de renovar el contacto con la Iglesia Oriental Griega, su Iglesia Madre; y los clérigos y escritores griegos y sueslavos, por el deseo de aliviar el alma, en un país ortodoxo libre de la férula turca. Estos huéspedes trajeron consigo una nueva tendencia literaria, muy distinta de la que glorificó la literatura sueslava anterior. La simplicidad del relato fué substituída por «el entrelazamiento y la sinuosidad de las palabras», por la fría retórica y lo rebuscado del estilo... Las Letras rusas permanecieron contaminadas con estos defectos hasta principios del siglo XVII.

La toma de Constantinopla por los turcos (1453) y el matrimonio de Iván III con Sofía Paleólogo (1472) dieron origen a las primeras leyendas que explican, simbólicamente, el cambio producido en la posición internacional de Rusia. La tendencia común de sus autores era comprobar que Moscú se hallaba predestinada a heredar los grandes destinos de Bizancio. Un relato cuenta que la caída de Constantinopla fué precedida por una visión terrorífica: «de las ventanas de la catedral de Santa Sofía salió una llamarada que

iluminó a la ciudad entera y subió al firmamento: la Luz indecible y el Angel de Dios que la protegían se fueron al cielo; por los pecados (de sus habitantes) Constantinopla tenía que caer en manos de los infieles»; mas el relato acaba con una amenaza a los turcos: un pueblo de pelo rubio (y rubio suena en eslavo como ruso) los echará del Bósforo.

De la idea de herencia de los destinos de Bizancio nació el concepto de «Moscú-Tercera Roma», cuyo bardo fué el famoso staretz Filofeo.

Para transformar al modesto principado de Moscú en el zarstvo moscovita, sus soberanos tuvieron que recurrir a la fuerza, y las lamentaciones y protestas de las regiones anexadas se expresaron también en obras literarias, a veces sumamente patéticas. Tal es la Narración de la toma de Pskov, aparecida en 1510, llena de un amargo y profundo sentimiento de protesta contra el kniaz Basilio III, padre de Iván el Terrible, que suprimió el «veche» de la ciudad libre de Pskov, hermana de la «Soberana Nóvgorod la Grande», sacó la çampana que llamaba a reunión popular, y entregó su gobierno a los «voievodas» nombrados por Moscú: «He aquí que los pskovitanos estallarou en llantos amargos. ¿Cómo no se les cayeron los ojos junto con las lágrimas? ¿Cómo el corazón no se les arrancó de cuajo? ¡Oh, la gloriosa ciudad Pskov la Grande! ¿De qué te afliges y lloras? Y contesta la hermosa ciudad de Pskov: ¡Cómo no me voy a afligir, cómo no voy a llorar y apenarme de mi deso-

lación! Llegó el águila de muchas alas, de alas llenas de zarpas de león y me quitó tres cedros del Líbano: mi hermosura, mi riqueza y mis hijos me robó; Dios lo permitió por mis pecados; y mi tierra la hizo desierto, y mi ciudad arruinó, y a mi gente aprisionó, y mis mercados socavó... padres y hermanos nuestros separó...» Al fin de su narración, el autor invita a los pskovitanos a recurrir al Señor y confesar sus pecados, «para no atraer mayor ira de Dios, para no atraer un castigo peor que el primero». La ira de Dios y la caída de Pskov, según el autor, «fueron provocadas por la arbitrariedad y la insumisión de unos a otros, bajo el gobierno popular del veche».

Renovación del contacto con el Occidente y sus consecuencias. — La conquista de Nóvgorod y de Pskov por el poder moscovita; la emigración forzosa de la mayoría de sus habitantes a las regiones centrales de Rusia y la repoblación de aquellas ciudades por familias moscovitas, trajeron como resultado el acercamiento de regiones algo distintas por su cultura y modo de ser. La influencia occidental, que alcanzaba a Nóvgorod y Pskov directamente, a través de sus relaciones comerciales con Alemania, Polonia y Lituania, se difunde ahora por otras regiones de la Rusia central, donde el desarrollo cultural seguía vías sumamente autárquicas.

Por débil que fuese la nueva influencia occidental, tuvo que chocar con la tradición religiosa, ya que se

reflejó en seguida en el arte de pintar los íconos, así como en el espíritu crítico tocante a los problemas teológicos. En aquella época, el norte de Europa preparaba la Reforma, y la idea principal de ésta, la racionalización de la fe cristiana, se cristalizaba ya con bastante precisión. Nada de más natural, entonces, que el contagio occidental se manifestara bajo la forma de una herejía, la de los «judaizantes», que apareció en Nóvgorod en 1471, y de allí pasó a Moscú, encontrando secuaces hasta en la corte de Iván III. La solución reformista rusa, expresada en la judaización de la fe cristiana, era una solución protestante perfectamente lógica. Los judaizantes negaban la divinidad de Jesucristo, los milagros y los sacramentos, y en general, todo lo que hay de sobrenatural en la doctrina cristiana; hacían poco caso del Nuevo Testamento, rechazaban las obras de los Padres de la Iglesia, la redención, la transustanciación, la resurrección de los muertos, la adoración de la cruz y de los íconos, los ayunos y las tendencias ascéticas. Los iniciadores de la herejía tenían que ser gente culta, ya que los herejes poseían traducciones de los libros sagrados que faltaban todavía a la Iglesia oficial rusa (Libros de los Reyes, Libro de Josué, etc.).

El arzobispo de Nóvgorod, Henadio, que tuvo que luchar con la herejía, se dió rápidamente cuenta de que la mayor dificultad estaba en la escasez de gente culta, aun de gente que supiera leer. En su misiva al metropolitano Simón, el arzobispo se lamenta: «me

traen un mujik, le digo lee el Apóstol (Hechos y epístolas de los apóstoles), mas él no sabe dar un paso siquiera; le digo lee los salmos, y el hombre vaga por el libro». Para quitar a los herejes la ventaja de poseer la Biblia entera, el arzobispo Henadio tuvo que completar la traducción de la Sagrada Escritura (1499). Los libros que faltaban fueron traducidos de la Vulgata, salvo el libro de Esther, que lo fué directamente del hebreo.

José Volotzkóy y Nilo Sorsky.—El luchador más enérgico contra los judaizantes fué Volotzkóy (1439-1515), superior del convento de Volokolámsk, cerca de Moscú. En una obra extensa, titulada «Educa dor», expuso la historia de la herejía; refutó los errores de sus adeptos e insistió en la necesidad de procesar, castigar y luego maldecir a los herejes»; los zares, kniaz'es y jueces tienen que apresarlos y someterlos a ejecuciones feroces». Las medidas enérgicas tomadas por el gobierno de Moscú bajo su presión y la del arzobispo Henadio, que dió a conocer el ejemplo de la Inquisición española: «de como el rey de España, Fernando el Católico, purificó su tierra», frenaron el desarrollo de la herejía, pero la fermentación no se calmó en seguida; el movimiento tuvo aún varias ramificaciones menores.

José Volotzkóy, sus alumnos y adeptos, llamados comúnmente «iosiflanos», representaban como tendencia general el campo reaccionario; eran enemigos de cual-

quiera innovación; predicaban la sumisión absoluta de la Iglesia al poder secular, al Estado, a la autocracia moscovita que se afirmaba cada vez más. En materia de fe no admitían ninguna libertad de opinión o de crítica, poniendo como base inamovible la letra de la ley canónica. Al estallar la discusión acerca de la conveniencia para el clero y los monasterios de poseer haciendas y siervos de gleba, los «iosiflanos» se alzaron decididamente en defensa de las propiedades inmobiliarias del clero y de los conventos, considerándolos como una prenda de independencia frente a la sociedad y al pueblo, y el mejor medio para que la Iglesia pudiera servir a los fines del Estado.

Los esfuerzos de los «iosiflanos» para comunicar a la Iglesia una tendencia política e inmiscuirla en la lucha de intereses de este mundo, provocaron una fuerte oposición de la parte de los «startzi de tras Volga», (*) secuaces de Nilo Sorsky.

El gran staretz Nilo Sorsky (1433-1503), asceta, aficionado a la vida ermitaña y silenciosa, no tomaba ninguna participación en la contienda; pero sus escritos ejercían gran influencia sobre la manera de razonar y las actividades de sus adeptos. El clero ruso de entonces, por falta de instrucción, se orientaba mal en la literatura religiosa, y tomaba por escrituras divinas ciertas obras anticanónicas y, a veces, apócrifas.

(*) Eran frailes de conventos ubicados en los bosques del norte del Volga.

Nilo Sorsky, hombre instruído, predicaba un criterio más atento y razonable: «Las escrituras son muchas, pero no todas son santas». Por encima de todo, Nilo Sorsky estimaba la perfección moral del hombre, sus luchas con las tentaciones y pensamientos pecaminosos y el trabajo de la inteligencia y del corazón: «si no fuera por el trabajo interior que, junto con Dios, ayuda al hombre, en balde trabajaría éste en lo exterior». El formalismo ritual no puede salvar el alma humana: «si rezan sólo los labios y el pensamiento está ausente, se reza al aire, ya que Dios escucha sólo el pensamiento». Protestaba decididamente contra la ejecución de los herejes, así como contra las propiedades monásticas. Uno de sus portavoces, el staretz Vasiano Patrikéev, salido de la alta nobleza, señalaba la incompatibilidad de los votos monásticos con la administración de una mano de obra servil y llamaba a José Volotzkoy «quebrantador de la ley» y «odiador de la humanidad». Según él, hay que llamar a los herejes a la razón por medios de persuasión; tratar de convencerlos y no ajusticiarlos.

La lucha entre los «iosiflanos» y los «startzi de tras Volga» concluyó, finalmente, con la victoria de los «iosiflanos», debida a la simpática acogida que sus tendencias merecieron en las esferas gubernamentales, así como a dos personalidades notables y activas que salieron de sus filas: los metropolitanos Daniel y Makario.

Máximo el Griego.—Los inconvenientes que representaban el simpatizar con las ideas de Nilo Sorsky y oponerse a las teorías de «iosiflanas», se hacen evidentes al considerar la suerte corrida por uno de los personajes de mayor relieve en el mundo ortodoxo dió a conocer en el siglo XVI, Máximo el Griego. Este bienaventurado nació en 1840, en Albania, en una familia griega; de allí su apodo. Se educó en Italia. Lo amplio de sus conceptos especulativos se asociaba en él con una fe descomunal por su fuerza y profundidad. Le invitaron a venir a Moscú en 1508, para traducir al eslavo los sagrados textos griegos. Ignorando el primer tiempo del idioma eslavo, Máximo empezó a traducir los textos originales al latín, y luego los traductores rusos los vertían al eslavo. Esta traducción doble condujo inevitablemente a ciertos errores que, más tarde le fueron inculcados. Asceta irreductible, admirador de Jerónimo Savonarola, a quien había conocido en su juventud, Máximo censura abiertamente los usos y costumbres rusos, y cuando el kniaz Basilio III quiere enclaustrar a su mujer para casarse con otra, Máximo no le oculta su indignación. Los enemigos poderosos que se había creado con su proceder, le acusaron de herejía, y el Sobor (Dieta) de 1525 le enclaustró «por haber estropeado intencionalmente los textos sagrados». Así empezó su largo calvario que duró 31 años, hasta su muerte en 1556. Basilio III, sin mayores estorbos, realizó su intención, y, en 1526, se casó con Elena

Glinska (madre de Iván el Terrible). En 1533 murió él, y en 1538 Elena, y desaparecieron, consiguientemente, los principales enemigos y autores de la desgracia de Máximo, pero éste continuó recluído en un convento. Todos sus pedidos de liberación resultaron vanos. Tampoco lograron éxito los patriarcas orientales que intercedieron en su favor; al contrario, agravaron su situación al subrayar la importancia que le daban. La razón que las autoridades moscovitas invocaban para tenerlo preso era bastante ingenua: «eres hombre inteligente—le decían—y conociste aquí nuestro lado bueno y malo, y volviendo allá lo contarás todo». Eso no impedía a Máximo gozar de una gran consideración entre sus contemporáneos rusos. La gente se dirigía a él para instruirse y pedirle consejos espirituales; el gobierno, así como los prelados de la Iglesia, reconocían lo acertado de sus opiniones y muchas insinuaciones de Máximo fueron aceptadas, en 1551, por el Sobor de Cien Capítulos. El metropolitano Makario, contestando a su ruego de liberación le escribe: «beso tus hierros como los de un santo, pero no puedo ayudarte», y para consolarlo, le manda su bendición y un regalo.

Las obras de Máximo—religiosas, polémicas, morales, sociales y referentes a la corrección de los libros litúrgicos—son muchas. La persecución que sufrió se explica en gran parte por su participación en la corrección de los libros, actividad que lo enemistó con los copistas incultos que «seguían solamente la

tinta, mientras que el sentido de lo escrito se les escapaba». Máximo señala la mucha grosería y flojera de esta gente poco instruída y torpe en cuanto a la comprensión de las astucias gramaticales». Claro que los copistas no les perdonaron nunca sus críticas. Las obras polémicas firmadas por él son dirigidas contra los herejes judaizantes, contra la «Unión florentina» de las dos Iglesias, contra la astrología, las supersticiones, los apócrifos, etc. Máximo se lamenta también de la injusticia, del quebrantamiento de los votos monásticos, de la piedad exterior, de la riqueza de los conventos, etc. Sus actividades literarias ensancharon mucho el círculo estrecho de las ideas teológicas en el ambiente moscovita.

El metropolitano Makario.—Su contemporáneo y admirador, el metropolitano Makario (1542-1563) simpatizaba con los «iosiflanos», pero se distinguía por su espíritu de conciliación; nunca recurrió a métodos brutales o groseros respecto a sus opositores. A su iniciativa se debe la canonización de los santos rusos y la aceptación por Iván el Terrible del título de zar (césar), lo que era un paso de importancia para la afirmación de la idea «Moscú-Tercera Roma». En el dominio de la literatura religiosa se le debe el santoral ruso que incluye, a más de la descripción de la vida de los santos, sus escritos y, en general, las obras de los escritores religiosos rusos. Es una obra capital que lleva, sin embargo, una mancha negra: no

están incluidos en ella los escritores que no comulgan con las ideas de su autor.

Makario fué también el personaje principal del Sobor de Cien Capítulos, cuyo fin esencial indicó el zar Iván Vasílievich en palabras pintorescas: «Las costumbres de antaño se han gastado algo, y muchas cosas se han hecho arbitrariamente, al antojo de cada cual; leyes viejas están quebrantadas; hay que afirmar la tradición antigua de nuestra verdadera fe cristiana».

La primera imprenta rusa.—Con el nombre del metropolitano Makario y del zar Iván Vasílievich está ligada la fundación de la primera imprenta rusa (1563). Sus comienzos fueron difíciles, dramáticos. Los copistas, movidos por sus intereses profesionales, provocaron un verdadero motín del populacho contra los impresores, que estuvieron a punto de perecer. No obstante, en 1564, salió a luz el primer libro impreso, el «Apóstol».

La creación de la imprenta respondía, a más de los considerandos obvios, a la preocupación siempre vigente de la sede metropolitana y del gobierno: evitar la repetición de errores y la diversidad de textos en los libros litúrgicos—«es menester que los libros santos, en adelante, se hagan de modo más exacto». El metropolitano Makario, que bendijo los principios de la imprenta, no alcanzó a ver el primer libro impreso. Con su muerte los protagonistas de la impresión, el

diácono Iván Fedorov—que pasó a la historia con el título de primer impresor ruso—y su ayudante Pedro Mstizlavetz, quedaron sin protección. Las persecuciones de los copistas y correctores de libros manuscritos—que perdían con la inauguración de la imprenta un oficio lucrativo—les obligaron a huir a Polonia, a Lvov (Lemberg), donde montaron otra imprenta en 1570.

Correspondencia de Iván el Terrible con el kniaz Kurbsky.—El siglo XVI, en el campo de la política interior, marca la desaparición definitiva de las últimas huellas de las libertades políticas del período kieviano, así como de las prerrogativas feudales de los descendientes de la dinastía reinante. El triunfo del poder autócrata moscovita en su lucha por la unificación de la tierra rusa, fué sancionado definitivamente por Iván el Terrible. El primer zar moscovita olvidó por completo que, el éxito de sus predecesores se debía a las simpatías populares hacia un gobierno central, fuerte y nacional. Sus ideas políticas sobre la procedencia del poder autócrata y los derechos del soberano, se expresaron con mucha claridad en la correspondencia cambiada entre él y el kniaz Kurbsky, representante de la antigua tradición feudal bayarda.

Kurbsky era uno de los jefes militares moscovitas más talentosos y se había distinguido en la toma de Kazán. Pero su oposición se hizo peligrosa cuando el

zar lo mandó a guerrear con los polacos, insistiendo en que le sirviera «con fidelidad». La forma de esta recomendación no prometía nada bueno, cuando Kursby perdió, por culpa de un subordinado suyo, un combate insignificante, pero que podía servir de motivo para provocar una desgracia, prefirió huir a Volhinia sin esperar la reacción del temible zar. Desde su refugio, Kurbsky cambió con Iván Vasílievich seis cartas: cuatro escritas por él y dos por el zar. La primera epístola de Kurbsky, despachada en 1564, reprocha a Iván el Terrible «la persecución feroz de sus servidores más fieles», y enumera los suplicios y las desgracias caídas sobre los boyardos que le habían servido con todo celo, glorificándolo con sus victorias: «¿Por qué, oh zar, aniquilaste a los fuertes en el Israel, a los voievodas que Dios te dió, entregándolos a la muerte, vertiendo su sangre victoriosa y santa en las casas de Dios y en las fiestas palaciegas, ordenando persecuciones y muertes contra los que te desean el bien y te sacrifican sus almas?... Los muertos por ti piden venganza ante el trono del Señor y gritan a Dios día y noche. El zar no debe supliciar a sus colaboradores y ayudantes, sino quererlos como a los miembros de su cuerpo y recurrir a sus consejos para edificar el Estado. El zar se fortalece por la obra de sus buenos consejeros como una ciudad se fortalece con torres fuertes...»

Iván Vasílievich le contesta en una extensa misiva en que rechaza los reproches formulados y defiende su

derecho a supliciar los boyardos insumisos, invocando su poder autócrata que no tiene derecho a compartir con los boyardos, por ser este genesíaco y otorgado por Dios. El gobierno boyardo, durante su minoría fué perjudicial a Rusia. Los boyardos han procurado dañarlo durante toda su vida: se han apoderado del poder que Dios le otorgó y, con sus tentaciones y traiciones, le han inducido a pecar.

—¿Crees que es lindo que orgullosísimos boyardos gobiernen y el zar se honre sólo con presidir y reinar, y no tenga un poder mayor que sus siervos? . . . ¿Cómo puede decirse autócrata si no edifica él mismo? Son los soberanos los que gobiernan la tierra y no los voievodas y los jueces . . . Tengo el derecho de agraciarse a mis servidores, como tengo el derecho de castigarlos». Y como Kurbsky califica su conciencia de leprosa, el zar le objeta: «¿Es una conciencia leprosa la que tiene en sus manos su zarstvo y no permite a sus siervos gobernarlo? . . . ¿Sería contrario a la razón no permitir a los siervos superar a su soberano? . . . »

Las cartas de Iván Vasílievich están escritas con fuerza e indignación apasionada contra los boyardos. El zar sabe usar la ironía; manifiesta un genio agudo y aprovecha los errores mínimos de su contradictor. Si Kurbsky se considera como un justo, ¿por qué no quiso perecer a manos de su atormentador y ganar así el Reino de los Cielos? Mientras que, pasando al servicio del rey de Polonia estará obligado a guerrear contra su propia patria, contra su pueblo y la fe orto-

doxa; y como Kurbsky le asegura que no le dará ocasión de ver su rostro antes del Juicio Supremo, el zar le contesta: «pero ¿quién puede sentir deseos de mirar semejante facha de etíope?...

Domostróy.—Para el estudio de la vida rusa del siglo XVI, el tiempo nos ha conservado un documento precioso, el «Domostróy». «Dom» = casa, «stroy» = edificación, tanto en el sentido directo como figurado. Es una obra didáctica que, en 63 capítulos, trata de dar un reglamento severo y detallado de la vida familiar, regularizando todos sus aspectos y relaciones. El ideal de la vida, del modo de ser familiar, carece de altura; sorprende su grosería, mercantilismo y escasez moral. Comparando el Domostróy con la obra didáctica de Vladimiro Monomajo del siglo XII, se nota la influencia del yugo tártaro, un decaimiento del nivel cultural de la vida, usos e intereses.

El Domostróy, después de proporcionar recomendaciones de índole religiosa, expuestas en el espíritu de una ortodoxía mezquina, enseña a obedecer a las autoridades, servir las sin mentira ni astucia; recomienda también reglas de conducta bastante oportunistas para con los vecinos y gentes extrañas. En la vida familiar, el jefe de familia, padre o marido, es el soberano absoluto, provisto de plenos poderes, responsable por su familia ante Dios, los hombres y las autoridades. Si alguien de la familia no cumple su voluntad, debe él castigarlo, dándole «cortésmente» algunos lati-

gazos. No debe pegar con cualquier cosa y como se le antoje, sino usar el látigo, lo que es «razonable y duele, y asusta, y sana». Hay que pegar a solas, sin furia, y luego hablar con el ejecutado y congraciarlo. Para frenar en los niños la inclinación innata al pecado, hay que tratarlos con suma dureza: «Castiga a tu hijo desde su infancia y entonces podrás descansar en tu vejez... No te ablandes fustigando al niño; aun si le pegas con el báculo, no morirá, sino que volverá más sano; golpeando su cuerpo libértas de la muerte su alma. Si quieres a tu hijo multiplícale las heridas para alegrarte más tarde...» La mujer, «la soberana», es la segunda persona en la casa, y la administra de acuerdo con las indicaciones de su marido. Tiene que levantarse la primera y acostarse la última para vigilar las faenas domésticas. En visitas no debe charlar y decir chistes, sino hablar de las artes domésticas y de la vida cristiana; puede aceptar cuando la conviden con vino, pero sin emborracharse: «el marido borracho es un mal, y la mujer borracha es una inconveniencia. Los servidores forman parte de la familia; hay que tratarlos como a tales, y cuando llegan a edad avanzada, mantenerlos hasta su muerte». Este párrafo es uno de los pocos que pintan de modo simpático la vida familiar moscovita.

«Pedro y Fevronia» y «La santa Juliana».—Son los títulos de dos obras notables de la literatura didáctica y religiosa que salieron a princi-

pios del siglo XVII. La primera está dirigida contra los prejuicios boyardos y pinta el tipo ideal de una campesina que, al casarse con su propio kniaz, le educa moralmente gracias a su piedad y sabiduría natural. Aun más elevada, como personalidad, es la heroína de la segunda narración, la santa Juliana que, desde su infancia, se distingue por su humildad y discreción silenciosa. A pesar de los chistes y burlas de sus tías y hermanas, se dedica a la oración y al ayuno. Nunca acepta que le sirvan sus siervos, diciendo: «¿quién soy para que me sirvan mis iguales? Todos somos siervos de Dios». A los 16 años el padre la casa. Apenas enviuda, reparte todas sus riquezas entre la gente pobre y acaba su vida como pordiosera.

Kotoshijin y Krizhanich.— Con el siglo XVII llegó la época de transición para el Estado moscovita. Fué la época que preparó la reforma de Pedro el Grande. Las consecuencias del «tiempo turbio» (*) se hacían sentir en todos los dominios de la vida económica y político-social. La nueva dinastía de los Romanov tuvo que empezar casi de nuevo la edificación del Estado, en medio de dificultades épicas, agravadas por las guerras con Polonia, Suecia y Turquía que quisieron aprovechar la decadencia del Estado moscovita. La derrota de las tropas rusas comprobó que, vi-

(*) Llamam así al interregno que abarca el período transcurrido desde la extinción de la dinastía de Rurik, con la muerte del zar Teodoro, en 1598, y la elección al trono del primer Romanov, zar Miguel, en 1613.

siblemente, Moscú estaba demasiado débil para luchar con sus enemigos occidentales. De aquí el descontento general, la crítica del orden establecido y la búsqueda de vías nuevas. El espíritu de esta época como es de suponer, encontró un eco en la literatura contemporánea, y especialmente, en las obras de Kotoshijin y Krizhanich.

Kotoshijin, un empleado del «Posolsky Prikáz», es decir, del Ministerio de Relaciones Exteriores, traidor a su patria, espía del embajador de Suecia, tuvo que huir a Estocolmo, donde, en 1666-1667, escribió un libro conocido bajo el título «Rusia durante el reinado de Alejo Mijáilovich». Trata en ella la historia de la Rusia moscovita desde Iván el Terrible hasta Alejo Mijáilovich, describe la coronación, la boda y la vida de este último, la educación de sus hijos, etc: Luego habla de la nobleza, de los boyardos, de la Duma Boyarda, donde ciertos boyardos lucen sólo sus barbas y no contestan nada, ya que el zar otorga aquella dignidad, en muchos casos, no por la inteligencia personal, sino por una alta alcurnia, y muchos de ellos son analfabetos y faltos de instrucción». La inteligencia y las capacidades relevantes del autor le permiten sentir agudamente la diferencia cultural entre Rusia y Occidente y proporcionar un cuadro pintoresco del modo de ser contemporáneo. Como descripción de la Rusia de la segunda mitad del siglo XVII, su obra es un testimonio preciosísimo, que caracteriza mejor que otros ensayos la

crisis interior de la época que precedió a la de las reformas.

Las obras de Jorge Krizhanich son también una crítica aguda de la vida rusa. Este señor era un sacerdote, misionero católico, croata de nacimiento, y llegó a Moscú en 1659 con fines de la propaganda de la Unión de las dos Iglesias y de la unificación de los eslavos. Krizhanich estaba convencido del gran porvenir del pueblo ruso y de los eslavos en general. A sus ojos Rusia era la defensora natural de los pueblos de su raza, predestinada a unificarlos en un poderoso imperio. Los rusos, según Krizhanich, deben tomar a los pueblos occidentales la instrucción y los conocimientos técnicos que les faltan, pero sin caer en la imitación servir de las costumbres extranjeras; deben aceptar la cultura exterior, pero conservar su independencia espiritual.

Esta última insinuación comprueba la profundidad de los conceptos culturales del Krizhanich que, siendo hijo de la cultura occidental, supo descubrir bajo la capa de ignorancia y salvajismo exterior del pueblo ruso, el tesoro de la cultura vernácula, apreciarla e insistir en su conservación. Lo notable de aquel concepto es que Krizhanich lo formuló medio siglo antes que Pedro el Grande iniciara su reforma. Para encontrar en la literatura rusa la afirmación de la misma idea, hay que esperar la aparición de Lomonosov (1712-1765) y, luego, de los eslavófilos del siglo XIX.

Defensa del ortodoxismo contra los peligros de latinización. (*)—La Iglesia ortodoxa gozaba de todos los privilegios dentro del Estado moscovita, pero su situación en las provincias occidentales (Rusia Blanca o Belorusia, Rusia Pequeña o Ukrania, Rusia de Galich o Galicia, Volhinia y Podolia), caídas durante la dominación tártara en poder de Lituania y Polonia, era muy distinta. En 1386 se realizó, por medio del matrimonio de Yaguelo, duque de Lituania, con Yadviga, reina de Polonia, la unión de aquellos dos Estados. Patrocinado por Roma, este acto señaló el principio de una enérgica campaña de latinización de las poblaciones rusas por los jesuitas. Desde entonces y hasta la repartición de Polonia realizada por Catalina la Grande, la historia de las provincias rusas separadas de su patria, es la historia de la lucha o, mejor dicho, de la resistencia que oponían las poblaciones ortodoxas a los esfuerzos de latinización del gobierno polaco. En el curso de los siglos XVI y XVII, para defender su fe contra los católicos y uniatos (**), los conventos y las parro-

(*) La Iglesia ortodoxa, que oficia en el idioma nacional de cada pueblo, nunca ha podido conformarse con el uso de un idioma muerto en los oficios religiosos, considerándolo como contrario a la voluntad divina expresada en el milagro de Pentecostés. Por eso la Rusia moscovita llamaba a los católicos, latinos, y a los convertidos al catolicismo, latinizados.

(**) Uniatos se llama a los ortodoxos que conservan intacto el Credo de Nicea: la comunión con pan y vino y el ritual oriental, pero reconocen la autoridad espiritual del Papa. Este compromiso lo encontraron los jesuitas en 1596 (Sobor de Brest).

quias organizan hermandades y fundan seminarios que alcanzan rápidamente un alto grado de cultura teológica. Se trataba de luchar contra los jesuitas, y los clérigos ortodoxos tenían que poseer la misma instrucción que sus oponentes. Entre los establecimientos así creados, el más célebre ha sido el seminario de Kiev, fundado por el metropolitano Pedro Mogila, en 1631.

Cuando, a mediados del siglo XVII, el gobierno de Moscú sintió la necesidad de asentar sobre una base sólida la complicada tarea de corrección de los libros litúrgicos y, al mismo tiempo, mejorar el nivel de instrucción teológica de su clero, le pareció conveniente pedir ayuda a los sabios del seminario de Kiev. Varios profesores kievlanos vinieron a Moscú; pero, junto con sus luces, trajeron la escolástica heredada de los jesuitas. Como el fin práctico de los colegios ucranianos consistía en la preparación de predicadores que pudieran competir con éstos, la enseñanza de la retórica y de la versificación era calcada sobre las muestras jesuitas; los sermones se distinguían por su artificialidad, por la abundancia de metáforas, comparaciones y analogías, a menudo muy rebuscadas. No obstante, los representantes de la sabiduría kieviana tuvieron una actuación destacada en la Moscovia del siglo XVII. Entre ellos alcanzaron la mayor fama: Epifanio Eslavinetzky († 1675) Simeón Pólotzky (1629-1680) y San Demetrio Rostovsky (1651-1709).

Al primero de ellos las letras rusas deben dos dic-

cionarios: el «Diccionario griego-eslavo-latino» y el «Diccionario teológico-filológico», este último para la explicación de lugares y expresiones poco comprensibles de la Sagrada Escritura. Era uno de los hombres más instruidos de su tiempo; dominaba magistralmente el eslavo, griego latino y polaco. Según uno de sus contemporáneos, era «experimentador y comentador finísimo no sólo de la gramática y de la retórica, sino de la filosofía y hasta de la teología, así como traductor prudente de los dialectos griego, eslavo y polaco». Llegó a Moscú en 1649 y, bajo el patriarca Nikon, trabajó en la corrección de los libros litúrgicos, cotejándolos con los originales griegos.

El segundo, Simeón Polotzky, llegó a Moscú en 1663. Su instrucción, talento literario y trato agradable, llamaron la atención del zar Alejo Mijáilovich que le nombró educador de sus hijos. Era un escritor sumamente prolijo. Le pertenecen una gran cantidad de composiciones teológicas, entre otras «La Corona de la Fe», exposición sistemática, pero algo escolástica, de la doctrina cristiana, y «El Báculo de la Administración», obra polémica, dirigida contra los cismáticos. Escribió además muchas poesías y obras dramáticas. Desde el punto de vista del desarrollo de las Letras rusas, las obras más interesantes de Simeón fueron sus piezas teatrales que implantaron en Moscú el drama escolar. En cambio, merecen una franca desaprobación sus versos, que afirmaron una

tendencia poética de inspiración artificial y versificación silábica, tomada del polaco y contraria al espíritu del idioma ruso. Era el primer poeta cortesano de la corte moscovita y, al mismo tiempo, su predicador oficial. Compuso alrededor de doscientos sermones.

He aquí más de lo suficiente para suscitar envidias y provocar críticas amargas en ciertos círculos moscovitas. La superioridad cultural de los sabios kievlanos despertaba recelos y sospechas. El modo de desacreditar a los nuevos venidos fué encontrado en sus simpatías latinas, lo que en cierta medida era fundado.

Cuando, por primera vez en la Iglesia rusa, se originó la discusión sobre el momento de la transubstanciación en la Eucaristía, los kievlanos, educados sobre las muestras de la teología católica, adoptaron el punto de vista romano. Así estalló la discordia entre las dos tendencias, latina y griega, que, fuera del concepto puramente teológico, era una variante de la lucha entre dos tendencias generales: progresista y reaccionaria.

La corte abrigaba a Simeón Pólotzky con bastante autoridad para que sus enemigos nunca pudieran hacerle el menor daño; pero, muerto el maestro, ellos se vengaron en su sucesor y el heredero de su ciencia, en Silvestre Medvedev, personaje excepcional por la fuerza de su convicción y la pureza de sus intenciones. Fué el primer sabio moscovita que mereció nombre de tal. Proporcionó sobre la literatura antigua datos sorprendentes por su riqueza y diversidad. Soñaba con la creación de una Academia que hubiera servido de ba-

se a la divulgación de conocimientos científicos. Pero, la literatura de los libros latinos le atrajo sospechas de los aficionados al modo de ser antiguo, mientras que, su independencia en los problemas teológicos, su defensa apasionada de lo justo y correcto, y la reprobación de lo erróneo y rutinario, le atrajeron el odio del patriarca Joaquín que, según los historiadores, tiene toda la responsabilidad de su muerte trágica. Denunciado como conspirador contra Pedro el Grande, calumniado y torturado, Medvedev pereció en el patíbulo en 1691. Su muerte coronó el triunfo de la tendencia griega, pero por muy poco tiempo, ya que pronto Pedro I, dejando a un lado tanto la tendencia griega como la tendencia latina, afirmó la tercera: la de matiz protestante.

SAN DEMETRIO ROSTOVSKY.—Un personaje de la más alta virtud cristiana, de labor literaria asidua sin ninguna tendencia escolástica, y que vivía en el dominio de la leyenda pacífica, de la enseñanza y también de la ciencia, en la medida en que ésta le era accesible, fué Danilo Tuptala, en religión fray Demetrio, que acabó su carrera eclesiástica como metropolitano de Rostov y fué canonizado más tarde por la Iglesia rusa.

Danilo Tuptala nació en Ucrania, en 1651. Tenía 17 años cuando tomó el hábito en un convento cerca de Kiev. En aquellos tiempos, los monjes instruidos eran muy apreciados y Demetrio alcanzó rá-

pidamente el grado de abad (1681). Pero su vocación literaria le hizo abandonar luego su alto cargo para enclaustrarse en el famoso convento Kievo-Pechrsk, que poseía una riquísima biblioteca. Allí empieza su obra fundamental, que hasta hoy en día continúa siendo el libro predilecto de la lectura religiosa, el Santoral (Chetií Minéi), cuyos 12 tomos corresponden a los 12 meses del año. La obra fué como una coronación de varias tentativas infructuosas emprendidas por los monjes de este convento anteriormente.

En 1700 el concilio de obispos rusos tenía que elegir un metropolitano para la sede de Siberia. Pedro el Grande propuso dos candidatos, uno de los cuales era Demetrio, que fué elegido. Pero, a pedido suyo le dieron permiso para quedarse en la capital, a fin de rematar el Santoral, cuyos primeros nueve tomos estaban listos. Pronto se reveló que el estado precario de su salud no le permitiría enfrentar las dificultades de los viajes a través de la inmensa diócesis siberiana, razón por la cual Pedro le hizo nombrar, en 1703, metropolitano de Rostov.

El estado del clero ruso, en aquel entonces, dejaba mucho que desear, y el primer acto de San Demetrio fué fundar una escuela para la preparación de sacerdotes. Mientras tanto continuaba sus trabajos literarios y, en 1705, salió a luz el último tomo de su Santoral. Bien que esta obra es el fundamento de su gloria literaria, su popularidad se debe también a sus rele-

vantes dotes de predicador; arte en que manifestó una gran independencía frente al poder secular. No obstante la simpatía con que lo trataba el zar, los modos brutales de Pedro y su vida licenciosa encontraron una franca desaprobación en las prédicas de San Demetrio; ciertos de sus sermones en que habla de la «furia feroz», de la borrachera y el mal vivir, de la falta de respeto para la Iglesia, de la supresión de los ayunos en el ejército, etc, se refieren directamente a Pedro el Grande. Pero, censurando las exageraciones y hablando con bastante claridad de los defectos del zar, aun en su presencia, San Demetrio simpatiza con sus reformas y le desea buena suerte en su empresa gigantesca. Lo es en particular la nueva costumbre de mandar los jóvenes a instruirse en el extranjero...

El último año de su vida lo ocupó en componer un documento histórico único, editado en 1745, muchos años después de su muerte, y varias veces reeditado desde entonces: «Información sobre la fe sistemática de Brynsk». Es un cuadro palpitante de veracidad y que pinta magistralmente el estado espiritual de la Rusia moscovita en vísperas de la época de reformas de Pedro el Grande.

San Demetrio murió en 1709, dejando por todo bien, algunos libros y pidiendo en su testamento que le enterrasen como entierran a los pordioseros.

Choque del espíritu moscovita con el occidental y el cisma en la Iglesia rusa.

—Antes que las ideas de Krizhanich sobre la necesidad de tomar prestado al Occidente su progreso material sin someterse a su influencia espiritual pudieran cristalizarse en la conciencia de los pocos rusos que simpatizaban con ellas, el espíritu fundamental ruso, el espíritu nacional ortodoxo, olfateó el peligro de occidentalización, y en su preocupación de conservar intacta la religión y la piedad de los antepasados, provocó una corriente de protesta contra las innovaciones; protesta que, por un malentendido, degeneró en un cisma en la Iglesia rusa. Aquella disputa entre dos tendencias, que la terminología especulativa bautizó más tarde de «occidentalista» una y de «eslavófila» otra, se agudiza a medida que las necesidades prácticas del Estado moscovita hacen crecer la influencia occidental. Poco a poco se formó en Moscú un «suburbio alemán» (*) lleno de militares, médicos, arquitectos, armeros, ingenieros, negociantes, etc. Los aficionados al modo de ser antiguo—los «conservadores»—miraban de soslayo a estos advenedizos «heréticos» y, considerando su presencia como perjudicial a «la vieja fe», hacían todo lo posible para oponer un dique a la ola de ideas y costumbres que ellos introducían. ¡Vanos esfuerzos! El número de los especialistas extranjeros que el gobierno llama a su servicio crece cada vez más, y mientras la cultura occidental utilitaria ga-

(*) «Alemán» = «nemetz» en ruso, palabra que deriva de «nemoy» o mudo, el que no sabe hablar; en la Rusia moscovita era sinónimo de extranjero.

na terreno, un inquietante espíritu de crítica progresista se afirma y se agranda, imperceptiblemente, como una mancha de aceite . . .

Que el choque abierto de las dos tendencias se produjo sobre el terreno religioso, nada de más natural. La Rusia moscovita vivía preocupada en solucionar el más grave problema que puede presentarse a la conciencia de un cristiano: el de la salvación de su alma; consecuentemente, todos los demás problemas y asuntos estaban sometidos al problema religioso. La señal de romper el fuego fué dada con motivo del giro que tomó la corrección de los libros litúrgicos. Los progresistas querían corregir los errores acumulados por copistas incultos. Los conservadores protestaban tomándolo como un atentado contra la integridad del ortodoxismo. El malentendido residía en que nadie pensaba en atentar contra la integridad del ortodoxismo; al contrario, todos se preocupaban de la conservación de la fe ortodoxa en su aspecto más puro. Falta sólo precisar el concepto de la «pureza». Para los progresistas, «puros» eran los textos griegos contemporáneos a la conversión del pueblo ruso; para los conservadores, los textos en uso.

Los relatos referentes al estallido del cisma atribuyen a menudo la iniciativa de la corrección de los libros al patriarca Nikon (1652-1667). Es un error grave. Cuando Nikón fué elevado a la dignidad patriarcal el asunto tenía ya una larga historia de siglo y medio. Hemos visto que Máximo el Griego—que

llegó a Moscú en 1518—se preocupaba de dicha corrección. Desde entonces los primados moscovitas proseguían la tarea emprendida por aquel bienaventurado y dos veces sancionada por los Sobor'es, en 1525 y en 1551. Mientras aquel trabajo se realizaba sin mayor publicidad, en el silencio de unos pocos conventos especialmente designados, no suscitaba ni protestas ni perplejidad; pero cuando el patriarca Nikon, hombre de una energía descomunal y de genio autoritario intolerable, quiso sacar de la circulación y quemar los textos erróneos, y eso con brutalidad y desprecio absoluto hacia la opinión contraria, estalló el cisma. Los disconformes con la supresión de libros antiguos fueron perseguidos por las autoridades eclesiásticas y la justicia secular, lo que sopló la llama de la discordia en vez de apagarla. Los ingenuos defensores de los «libros antiguos», que creían defender su fe defendiendo los errores de copistas y las prácticas defectuosas del ritual, merecían un trato más tolerante y comprensivo. Para ellos no se trataba de innovaciones en materia teológica; se trataba de conservar la transcripción errónea del nombre de Nuestro Señor, persignarse con dos dedos en vez de tres y cantar «Alleluía» dos veces, mientras el ritual correcto exigía tres. Desde luego, tanta importancia atribuyeron a los detalles del ritual y tanta pasión pusieron en defender sus opiniones que, al inverso de lo sucedido en España, no fué la Iglesia oficial la que organizaba los autos de fe para quemar a sus contrincantes, sino que los disidentes se encerra-

ban en sus parroquias y se quemaban vivos para no permitir el secuestro de los libros e íconos incorrectos.

La resistencia fanática de los cismáticos tenía que ir disminuyendo con el tiempo, a medida que progresara la cultura popular, y el cisma se hubiera apagado por sí mismo, si las medidas gubernamentales no hubieran provocado y sostenido durante dos siglos y medio la reacción de protesta al hostigar a los «antiguos creyentes», impedirles la celebración del culto y mezclar en la misma reprobación y persecución administrativa a los cismáticos—que por sus dogmas permanecían en el fondo ortodoxos—con sectarios de variados matices, a veces anaturales y antisociales. Aquel drama interno acabó sólo en 1917 con la revolución rusa.

La Literatura del siglo XVII reflejó la lucha espiritual que se desarrollaba en el país y que no dejó indiferente a nadie, empezando por el zar y el patriarca y acabando por el último mujik. Todos los ortodoxos, independientemente de su estado social, sexo, edad e instrucción, tuvieron que expresar su ¿cómo crees?, y la gente de letras en primer lugar.

El protopope (archipreste) Avakúm. —El más destacado entre los escritores que representan la tendencia cismática, la vieja tradición moscovita, es el protopope Avakúm. Escribió varias decenas de epístolas y súplicas dirigidas contra la «reforma» del patriarca Nikón, y dejó su propia autobiografía, obra

extraordinaria por su colorido y valor histórico. Era un luchador convencido, que no retrocedía ante las amenazas y el suplicio; su verbo se distingue por una fogosidad y fuerza de expresión sin par, así como por el empleo de pintorescos giros populares. Su vida fué un largo martirio. Siendo diácono y luego sacerdote, siempre y en todas partes defendía lo que le parecía ser la verdad, olvidándose de sí mismo y de los riesgos que corría. Cuando un boyardo quitó a una viuda su hija, Avakúm se presentó ante éste: «suplicándole devolver la huerfanita a su madre. Y él, despreciando mi súplica—cuenta Avacúm—levantó contra mí una tempestad y, llegando con gente casi me ahogó delante de la parroquia. Y yo permanecí sin conocimiento media hora, y tal vez más, hasta que, por voluntad de Dios, volví a la vida. Mas él, asustándose, me dejó la muchacha. Pero luego le aconsejó el diablo: llegó a la parroquia y me pegó, y me arrastró en hábitos sagrados por los pies, y yo rezaba durante este tiempo...» Dicho episodio pinta al personaje mejor que cualquiera presentación. No hay que extrañarse de lo que le sucedió con el patriarca Nikón. Por insubmisión a la reforma, es decir, a la supresión de los libros litúrgicos incorrectos, lo encadenaron: «al amanecer el día domingo, me sentaron en una telega, con los brazos tendidos, y me llevaron así desde la casa del patriarca hasta el convento de Androniev, y allí me arrojaron encadenado a un local sombrío, que se hundía en la tierra. Y allí permanecí tres días sin co-

mer ni beber, y mientras estaba encadenado rezaba, no sé si al Oriente, no sé si al Poniente. Nadie me visitó; sólo los ratones, las cucarachas y los grillos gritaban, y había bastantes pulgas». Lo desterraron a la Siberia con su mujer, la «protopópitza» (*). Para llevar el equipaje le dieron dos caballitos, pero le obligaron a caminar a pie tras la telega con su mujer: «La comarca era bárbara, los aborígenes inamistosos; quedarnos atrás no nos atrevimos, e ir tras los caballos no alcanzamos, alrededor había gente hambrienta y tenebrosa. A veces mi protopópitza, pobrecita, camina, camina, y cae, y no puede levantarse... Después me reprocha, pobrecita, diciendo: «¿hasta cuándo protopope, vamos a sufrir? Y yo le digo: Márkovna, hasta la muerte. Y ella, suspirando, me contesta: Bueno, Petrovich, (**) caminaremos entonces algo más...».

Junto con otros cismáticos, Avakúm ve en la vida contemporánea la llegada de los últimos tiempos, el acercamiento del Anticristo. Entre el poder secular y la vieja fe, los fanáticos cavaron un abismo; el cisma expresó, de modo trágico y vivo, la protesta de la Rusia moscovita contra la corriente de las innovaciones occidentales.

(*) Protopópitza deriva de protopope y quiere decir la esposa del protopope.

(**) Márkovna y Petrovich, el modo abreviado y familiar de llamarse por el nombre patronímico. El protopope era Avakúm Petrovich y su mujer Natalia Márkovna. Aquella costumbre se conserva en Rusia desde la más remota antigüedad. Las terminaciones ovich y ovna significan hijo o hija de, y corresponden a la antigua terminación castellana ez.

El ocaso de la Rusia moscovita. — En esta breve reseña hemos visto desfilar a una serie de personajes que pueden ser considerados como representantes típicos del estado de espíritu y de la cultura del ambiente ruso durante el período moscovita y, sobre todo, durante el siglo XVII que precede a la época de las reformas de Pedro el Grande. Llama la atención que el interés preponderante de que vivía la sociedad rusa y el pueblo era el interés religioso. La sinceridad con que el pueblo ruso profesaba su fe explica en una gran medida su docilidad y sumisión a la creciente afirmación de la autocracia moscovita. Pero, para que la vida pudiera encerrarse en el círculo de los intereses preferentemente religiosos, es menester aislarla del mundo exterior. Lo que en este sentido parece conveniente para un hombre lo es también para una nación. La Rusia moscovita, a consecuencia del yugo tártaro, realizó aquella condición indispensable para una vida espiritual intensa: [quedó aislada del mundo exterior! El contacto con los mongoles era lo que alimentaba la religiosidad del pueblo sin perjudicarlo en lo más mínimo. Los rusos eran conscientes de su superioridad espiritual sobre sus opresores y, en este sentido, se les imponían. Pues con la abolición del yugo y la transformación consiguiente del principado de Moscú en el zarstvo moscovita, se rompió aquel círculo de aislamiento. El contacto directo con el Occidente significó para Rusia la obligación de ponerse al nivel de sus vecinos e igualar sus medios de ataque

y de defensa. El Estado no podía continuar razonando al unísono con la gente de la Iglesia y mezclar en la misma reprobación a los «alemanes» y a los tártaros, a los protestantes y a los mahometanos. Había que cambiar de criterio y ceder algo de su espíritu de aislamiento. En el fondo no era la Rusia moscovita la que quiso reformarse; fueron sus vecinos occidentales quienes lo exigieron y lograron, desgraciadamente para ellos mismos. La figura colosal de Pedro el Grande se acercaba a pasos agigantados, y el protopope Avakúm tenía razón asegurando que, junto con él, moría la antigua Rusia moscovita.